

Hoy juega el Madrid

Mi padre estudió en Madrid cuando en mi país la tele era un aparato diminuto que transmitía imágenes borrosas y casi indistinguibles, y cuyos canales se cambiaban con el traqueteo aterrador de un mando circular. Nunca echaban fútbol, si acaso el noticiero, y una que otra película de vaqueros. Yo nací un año después de su regreso, y pasábamos las tardes juntos mientras mi madre trabajaba.

- Hoy juega el Madrid – me decía, y nos tumbábamos los dos en un sillón a escuchar el siseo del radio de onda corta.

Yo no sabía bien qué era el Madrid, pero me gustaba la voz del locutor. Tenía un acento divertido, como los curas de la parroquia y se le iba la vida cantando los goles. Yo daba vueltas por la sala con la angustia de oírle hablar con urgencia. Mi padre, en cambio, escuchaba en silencio, sus ojos perdidos viendo jugadas en la distancia.

- Que nos alcanza el Barça – mascullaba y apagaba la radio, pero muchas veces decía, – ¡Hemos ganado!

Ganamos cinco ligas seguidas y una copa de algo llamado *wefa*, otra de esas palabras cuyo significado tenía algo místico y misterioso, como *derbi*, *pichichi*, *corner*, *ofsaíd* y *penalti*. Mis muñecas se llamaban Hugosánchez, Butragueño, Michel, Camacho.

- Esos no son nombres de chica – me decían las niñas que venían a jugar conmigo.

- Sí que lo son – les mentía. – En España a veces se llaman así.

Ninguna de ellas sabía cómo era Madrid, aunque yo tampoco, así que me creían. En realidad, no se me ocurrían nombres más meritorios para mis muñecas que los de esos jugadores que se deslizaban por nuestra sala como amigos invisibles. El mejor de los juguetes. Más tarde les puse nombres aburridos, aunque a veces todavía pensaba en ellas con aquellos apodos legendarios.

Vinieron años malos, después. No ganábamos. Sentarse a oír la radio era una tortura indecible, teñida de azulgrana. Yo prefería jugar en la calle polvorienta que enterarme. Al fútbol, ¿a qué más? Los chicos del barrio me miraron con escepticismo.

- A que no sabes jugar – me dijo Alejandro, pero me pasó un balón desinflado a medias y tan cubierto de lodo que se le había formado una costra marrón que ni el agua le quitaba.

- A que no sabes quién es El Buitre – le contesté y le hice un caño entre las piernas.

Nuestra tele había pasado a ser más grande y más nítida, y por medio de algo llamado cable pude ver fútbol por primera vez. Al Madrid. Dribbling, bicicletas, panenkas, me lo aprendí todo y traté de ponerlo en práctica ese día. Al final de la tarde, Alejandro me pidió que me casara con él. Le dije que no, que yo sólo me casaría con Raúl. O con Hierro. O con Redondo. Regresé a casa cansada, golpeada y con las rodillas hechas trizas, pero feliz. A mi padre le bastó una mirada para entender.

- Que no se entere tu madre – me dijo, mientras me ayudaba a limpiar la sangre de las rodillas. - ¿Has ganado, al menos?

- No – le contesté. – Alejandro es un culerdo.

No creo que Alejandro fuese de ningún equipo, pobrete, pero fue el peor insulto que se me ocurrió, como habría dicho 'gilipollas' o 'alelado'. Lo había oído en el patio del colegio. Por la etimología imaginaria que le extrapolé ya me parecía desagradable, y más aún cuando me enteré de su verdadero significado.

- Pues te ha ganado un culerdo, entonces – me dijo mi padre. Yo me mordí la lengua. – Si pierdes, le felicitas y a la próxima le ganas. ¿Entiendes? – Asentí en silencio. – Ven, que hoy juega el Madrid.

Juntos vimos tres Champions. Imborrable el zapatazo de Zidane. Las camisetas no las vendían en mi país, salvo imitaciones en comercios de dudosa reputación. Años después, durante un viaje que iba a ser fugaz pero que se extendió por varios años, rocé con mis dedos una camiseta del Madrid, original, con el 5 y en letras negras: Zidane. El precio era prohibitivo, pero la compré igual. La envolví y se la mandé por correo a mi padre, con una simple nota: 'No todos los magos son futbolistas'. No la usó nunca. La puso en un cuadro encima del sillón donde solíamos escuchar la radio. El rincón del Madrid.

Llega un momento en el cual el sentido común y las buenas costumbres sugieren que las chicas dejen de rodar por el lodo al hacer deportes, de gritar con los goles, de pasar días ensimismadas por una derrota. A mí no me pasó. A los veintitrés años seguía haciendo lo mismo. No habían inventado Skype, y llamaba a mi padre por teléfono para intercambiar impresiones breves pero vitales sobre la deriva del equipo.

- ¿Cómo te puede gustar el Madrid? - me espetó un día un amigo.

Amigo entre comillas. Las traiciones siempre duelen más cuando vienen de alguien en quien confiabas. Me soltó todo el rollo de Franco, de las mentiras, de los robos, de los precios indecentes que pagaban por los jugadores, de la poca ética de quien apoyaba a semejante maquinaria inmoral.

No entendí nada.

Para mí el Madrid eran las tardes calurosas tumbada en el sofá arrullada por la radio. El Madrid eran mis once muñecas, todas en orden en la cama, vestidas de uniformes que yo misma les cosía. Era correr en un campo de tierra hasta perder el aliento y chutar a una portería imaginaria delimitada por caliche. Era la sorpresa en la mirada de Alejandro cuando le recitaba jugadores que no visitaban la sala de su casa. Era la voz de mi padre cuando decía que jugaba el Madrid. Eran los ojos de mi padre cuando lloraba por ganar una copa. Era mi padre. El Madrid era mi padre.

Me encogí de hombros, y miré al supuesto amigo con la lástima de quien tiene un tesoro invaluable y escucha a los necios maldecir su suerte.

Por esos días recibí la llamada que ninguna hija quiere recibir, como a las tres de la mañana. Mi padre, en el hospital. Cuidados intensivos. Pronóstico reservado. Mi madre, casi sin voz para decírmelo. No vi, ni oí, ni lloré, ni respiré hasta estar de pie junto a la cama, dieciséis horas de vuelo después, en la penumbra del hospital y entre la cacofonía de pitidos que atestiguaban que para mi padre todavía no pasaba el tiempo reglamentario. En la sala de espera berreaba un televisor con un partido en diferido. Parpadeé sin entender que vendrían muchas tardes sin ver al Madrid juntos.

- Vas a tener que mejorarte – le dije a su cuerpo durmiente. – Te estás perdiendo una liga

de infarto. Higuaín ha anotado al último minuto y el Barça ha empatado con el Betis. Somos líderes.

Me pareció que sus labios se estiraban en una sonrisa, pero era una ilusión. El médico dijo que no había nada que hacer más que esperar. Lo que antes había sido un diálogo se convirtió en monólogo. Semana tras semana me transformaba en cronista deportivo para llevarle todas las noticias.

- Otra vez ganamos. Esta vez Roberto Carlos, en el último minuto. Casi empatamos, eh. ¿Sabes? Han sacado un lema. Juntos podemos. No hay que rendirse, por más que corra el reloj... – A veces no sabía si le hablaba a él o a mí misma. – Menos mal que estás dormido, a veces no quiero ni ver. Pero seguimos líderes. Parece que podremos. – Le estrechaba la mano inerte, buscando una reacción. – No vas a creer lo que ha pasado hoy. Imagínate. Perdíamos sobre el minuto 87. ¡Y el Barça ganaba! Todo perdido, desastre, catástrofe. Y va Van Nistelrooy y empatata. Y en ese mismo minuto, ha anotado el Espanyol. ¡El Barça también empató! Seguimos líderes. Minuto 87, papá. ¡Jornada 37! Hay que ganar. Hay que poder.

Bajé la voz porque mi entusiasmo más acorde a un poema épico que a un suceso deportivo me estaba ganando la enemistad del intensivista de turno. Vaya equipo el nuestro. Un equipo de cabezones. Le sonreí a mi padre. Me pareció que se entreabrían sus ojos ausentes. Que giraba la cabeza, muy lentamente, en dirección de mi voz animada. Pero eso fue todo.

- Usted sígale hablando – dijo la enfermera. – A veces ayuda.

Celebré la Liga yo sola en la sala de espera, con un refresco endulzado y una fritanga olvidable. Absorbiendo cada jugada y cada grito para repetírselos después. Tal vez podía tomar una que otra licencia poética. Contarle que la Champions también la ganamos, a pesar de que nos habían eliminado dos meses antes, cuando él todavía estaba en pie. La Décima. Con gol de Raúl. Asistencia de Beckham. Parada imposible de Íker en el minuto 91. A ver si despertaba con eso. ¿Por qué no?

- Hoy jugaba el Madrid – le dije, sentándome a su lado y tomándole una mano fría, – y hemos ganado la Liga.

- ¿Y la Champions? - susurró, con la voz ronca por el respirador.

Me había leído el pensamiento. Fue tal la sorpresa que por un momento no entendí que había despertado.

- También la hemos ganado – contesté sin pensar - con gol de Raúl.

Abrió la boca como si le faltase el aire y pensé que se ahogaba, pero simplemente se reía, una pobre risa sin aliento pero radiante de guasa.

- Mientes – me dijo justo cuando llegaban los médicos y me apartaban para afanarse a su lado, prohibiéndole hablar. – Nos eliminaron hace meses.

- Lo de la Liga es verdad – farfullé, aturdida.

Antes de que me cerraran la puerta alcancé a ver el brillo en sus ojos, y comprendí que

que viviría. Que, como nuestro equipo, no se había rendido. Que jornada a jornada mis desvaríos de épica y de agallas no habían caído en el vacío incierto de las tinieblas del coma. Que vendrían muchas Ligas, y muchas copas para ver juntos, tirados en el sofá, maldiciendo goles fallidos y gritando los acertados. Que el lazo que nos unía no era sólo el amor a un equipo. Que el Madrid, en fin, éramos los dos.